

Crisis, pandemia y fragilidades: reflexiones desde un «balcón sociológico»

Crisis, Pandemic and Fragilities: Reflections From a «Sociological Balcony»

Marta García-Lastra¹

Resumen

La crisis derivada de la pandemia por COVID-19 en la que se encuentran nuestras sociedades, nos lleva a pensar en la fragilidad o la incertidumbre como piezas fundamentales de ellas, y a reflexionar sobre las consecuencias sociales de esta situación.

La relación cotidiana con una situación de confinamiento a la que nunca antes nos habíamos enfrentado, ha hecho resquebrajarse nuestra forma de gestionar el tiempo, de relacionarnos, de trabajar, de estudiar... Todo ello conllevará un nuevo escenario social en el que se sucederán multitud de preguntas a las que la Sociología deberá dar respuesta al tiempo que soluciones para las consecuencias sociales de esta crisis.

Palabras clave

Pandemia, crisis social, COVID-19, sociología.

Abstract

The crisis derived from the COVID-19 pandemic leads us to think about fragility or uncertainty as fundamental aspects of our societies, and to reflect on the social consequences of this situation.

Our daily relationship with the confinement that we had never faced before, has changed our way of managing time, being in contact, working, studying... All this will produce a new social scenario in which many questions must be answered by Sociology as well as solutions to the social consequences of this crisis.

Keywords

Pandemic, social crisis, COVID-19, Sociology.

Cómo citar/Citation

García-Lastra, Marta (2020). Crisis, pandemia y fragilidades: reflexiones desde un «balcón sociológico». *Revista de Sociología de la Educación-RASE*, 13 (2) Especial, COVID-19, 140-144. <http://dx.doi.org/10.7203/RASE.13.2.17122>.

Recibido: 14-04-2020
Aceptado: 17-04-2020

¹ Marta García-Lastra, Facultad de Educación Universidad de Cantabria, marta.garcia@unican.es.

Una de las frases que me ha acompañado a lo largo de estos días y me ha hecho reflexionar sobre cómo eran nuestras vidas antes de comenzar el confinamiento en el que nos encontramos, ha sido la incluida en la columna de Iñigo Domínguez², *Éramos felices, pero no lo sabíamos*. Una pandemia como la que estamos sufriendo rompe nuestro ritmo cotidiano (nuestra cotidianeidad) y nos desnuda delante de nuestra fragilidad.

Desde que el Coronavirus se instalara en nuestras vidas, en un primer momento de manera tímida, pensando, con cierta ingenuidad, que era algo que aquí no llegaría, y más tarde con toda su acritud y dureza, mi mente ha sido un escenario de recordatorios, de remembranzas, de cosas que dije, leí o escuché que nunca creí que iban a convertirse en realidad. Me he imaginado en muchas ocasiones en un examen de Sociología en el que, ante una crisis en principio sanitaria como esta, me piden que ponga en relación mis conocimientos, teorías, principios, que he ido atesorando desde mi llegada a esta disciplina. Durante estas semanas se han puesto sobre la mesa multitud de ideas habitualmente utilizadas en nuestro campo de conocimiento: la brecha digital, la familia, la sociedad red, las formas de relacionarnos, los cuidados, la globalización, la gestión del tiempo, la corresponsabilidad (sí, el confinamiento nos pide volver a hablar de ella), la discriminación por la edad o la desigualdad social (de acuerdo, el COVID-19 no distingue por grupos sociales, une ante la muerte como cualquier otra enfermedad, pero sus consecuencias económicas, sociales o educativas para la población son distintas, desde la forma en la que nos confinamos hasta cómo saldremos de la crisis según nuestra pertenencia a uno u otro grupo social).

Para poner en orden mis ideas y escribir este texto he adaptado el «relato de vida» de Bertaux a las últimas cuatro semanas, para poder reflexionar, a partir de mi experiencia, sobre la situación en la que vivimos. Recordemos que para Bertaux (2005, p. 35), una técnica como esta «describiría no solo la vida interior del sujeto y sus acciones, sino también sus contextos interpersonales y sociales».

Como profesora de Sociología, desde el comienzo de la crisis me trasladé a la *Sociedad del riesgo* de Ulrich Beck (2006) y me imaginé en las aulas del próximo curso pudiendo ejemplificar sus ideas a través de la propia biografía de mi alumnado; me hizo recordar las clases en las que hablaba de cómo vivimos en sociedades donde éramos incapaces de pronosticar qué era lo que iba a pasar. Hasta ahora, siempre ponía como ejemplo cómo habían cambiado nuestras vidas acontecimientos como el atentado del 11S, pero sin lugar a duda, nunca pensé que la incertidumbre propia de la sociedad de sociólogo alemán podría estar tan cerca de nosotras y nosotros.

He viajado también a las páginas de *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago: de repente aparecí en uno de sus capítulos siendo uno de los personajes que sufre la ceguera blanca. He estado tentada de volver a abrir el libro durante estos días, pero algo me ha impedido hacerlo. Quizá sea una relectura pendiente para cuando todo esto pase. También en varias ocasiones a lo largo de estos días he recordado la película de Harold Ramis, *Atrapado en el tiempo* (*Groundhog Day*), ese día de la marmota o *déjà vu* diario.

Este tiempo me está haciendo reflexionar sobre los distintos órdenes sociales que se han ido sucediendo a lo largo de nuestra Historia y en los motivos que llevaron a una nueva situación social. Días antes de que el estado de alarma se instalara en España y que nuestras casas se convirtieran en ese búnker frente a la pandemia, una colega socióloga me recordaba que el último acontecimiento histórico que había dado un vuelco a nuestras sociedades había sido la Segunda Guerra Mundial. Una guerra como esa, me

2 <https://elpais.com/sociedad/2020-03-18/eramos-felices-y-no-lo-sabiamos.html>

comentaba, ahora es impensable, lo que tenemos ante nuestros ojos es un nuevo tipo de contienda en la que ha desaparecido el enfrentamiento físico entre las personas, pero que a pesar de la diferencia con episodios anteriores, dará lugar a un nuevo tipo de sociedad, a un nuevo orden social.

A pesar de estar acostumbrados a vivir en sociedades donde todo se transforma de manera vertiginosa, creo que no fuimos capaces de imaginar lo rápido que se iban a dar los acontecimientos, la intensidad de los cambios que se avecinaban y la multitud de decisiones que debían tomarse a contrarreloj y sin una experiencia previa similar. Así, de pronto, como responsables de una universidad, de una facultad o de cualquier otra institución o grupo, formábamos parte de un grupo de música en una *jazz session* en la que, sobre una base conjunta, cada persona hace sus improvisaciones particulares en función de su contexto de actuación pero sin olvidar nunca al grupo. En esta situación, siempre tenemos peligro de desafinar, de llevar *tempos* distintos, pero incluso en esa tesitura el interés sobre lo colectivo tiene más calado que las improvisaciones particulares.

De este confinamiento podría hacer un libro de las demandas y consultas que me han llegado como decana, de las preguntas sobre el futuro ante un escenario como este. Cada uno de estos mensajes es totalmente comprensible en la biografía de las personas que los han enviado, pero insignificantes ante el escenario de una morgue en la que a las personas fallecidas se les ha negado una de las costumbres más arraigadas en nuestras culturas: la despedida ante la muerte. Se les ha robado la posibilidad de morir acompañadas y lejos de un hospital, lo más deseado a la hora de despedirse definitivamente de la vida (Jiménez, 2012).

En ocasiones ha sido difícil controlar los nervios, hay necesidad de saber cómo se van a solucionar las situaciones que de repente nos ahogan y trastocan nuestros planes, pero no tengo duda que esta mala gestión de la calma está relacionada con el «síndrome de la impaciencia» que definió Bauman (2008) como la necesidad de satisfacer nuestros deseos de manera inmediata, y que acompaña a la población en nuestras sociedades contemporáneas. Sin embargo, al mismo tiempo que la necesidad de inmediatez seguía presente en nuestras vidas, de repente el tiempo, ese bien preciado como decía Bauman que es el oro de nuestra contemporaneidad, nos sobraba: nos sobraba tiempo para leer, para estar con nuestras hijas e hijos (uno de los principales problemas de las familias en su crianza), para disfrutar de los días, en principio, libres..., en definitiva, para hacer algunas de las actividades para las que habitualmente solicitamos disponer de más horas (Durán, 2010). Uno de los aprendizajes que vamos a sacar de estos días es que somos peores a la hora de gestionar nuestro tipo «libre» que nuestro tiempo «ocupado». El saber que teníamos por delante 24 horas, *a priori* para nosotras y nosotros, nos paralizó en un primer momento, nuestra vida se desaceleraba, nuestros días se volvían lentos aun en un escenario general donde los acontecimientos se daban sin solución de continuidad. Luego la realidad del teletrabajo, de la corresponsabilidad familiar, de las demandas de las amistades en vernos diariamente (aunque antes lo hiciéramos una vez al mes, debe ser la angustia) o de la respuesta a vídeos reenviados que intentaban poner una nota de humor, y cuya afluencia fue bajando a medida que pasaban los días, hizo que estas horas quedaran reducidas a muchas menos.

La crisis no puede hacer olvidar otras situaciones sociales que nos afectan y nos duelen: se nos envía a nuestros hogares como lugares seguros en los que aislarse de la epidemia, pero, ¿qué ocurre de todos esos otros «virus» que conviven en muchas casas: la violencia de género, el maltrato a menores, el hacinamiento... que pueden verse agravados en una convivencia física como la que nos obliga el confinamiento?

Como decía más arriba, la pandemia iguala a la población en el momento de contraer la enfermedad e incluso, en el peor de los escenarios, a la hora de morir, pero no en sus daños colaterales, mucho más graves como iremos viendo para los colectivos más vulnerables: mujeres, infancia, personas mayores... Sin duda, para las Ciencias Sociales se abre un escenario, con multitud de preguntas a las que dar respuesta, en el que debemos reivindicar nuestro papel a la hora de analizar y proponer soluciones a las consecuencias sociales de esta crisis.

Además de estos problemas señalados y que el confinamiento puede agravar, la cancelación de la docencia presencial y el comienzo de un nuevo tipo de enseñanza que veíamos como inevitable pero que nunca pensamos que iba a llegar de manera tan inmediata, ha hecho situar la educación entre uno de los puntos caliente de estos días. Sin lugar a dudas, la pérdida que desde el punto de vista curricular estos meses sin clase presencial puedan tener para una generación no es lo más grave (calculen lo que significa en el total de la vida académica este periodo), cuanto la visibilización de la forma de gestionar la nueva forma de enseñar y aprender: la segunda brecha digital y la desigualdad a la hora de utilizar las TIC, las dificultades de una parte del profesorado por adaptarse a este tipo de enseñanza aun pudiendo acceder a los medios tecnológicos más novedosos en muchos casos (no olvidemos, además, el trabajo contrarreloj al que han tenido que ajustarse), la importancia del capital cultural de las familias y su relación con el éxito escolar del alumnado... De nuevo el «Efecto Mateo» campa a sus anchas en este «mundo desbocado», siguiendo a Giddens (2003) que se aleja cada vez más de nuestro control.

Y volviendo a lo que las niñas y niños pueden ganar y perder en este confinamiento, ¿por qué no aprovechamos este tiempo en casa para enseñarles y hacerles ver la importancia de los saberes del cuidado que habitualmente están fuera de la escuela: cocinar, planchar, atender y estar pendiente de las personas que nos rodean...? Como afirma Solsona (2019:24), tendremos así «una vía para trabajar la autonomía personal mediante una serie de valores considerados tradicionalmente femeninos».

¿Qué pasará cuando termine la crisis? Es la pregunta que nos acompaña, ¿qué ocurrirá después?, ¿cambiaremos mucho?, ¿crearemos una sociedad mejor, peor?, ¿volveremos a compartir formas de relacionarnos tan cercanas físicamente como las nuestras? Quizá en poco tiempo olvidemos estas semanas y el importante cambio vivido en nuestra cotidianeidad en particular y en la sociedad en general. A modo de deseo, ojalá se mantenga la solidaridad, la interdependencia, la confianza en la ciencia o la «comunidad emotiva» a la que se ha referido Victoria Camps³ para poner nombre a ese aplauso de las ocho que ya no utilizamos solo para homenajear a todos los profesionales que ponen su granito de arena para que esto acabe, cuanto a vernos las caras con una vecindad que en muchos casos no conocíamos, vecinos en una sociedades que habíamos creado que, como describió Touraine (2005), se caracterizan por la ruptura del vínculo social. Aprendamos de la experiencia.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmunt (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Beck, Ulrich (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bertaux, Daniel (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

3 https://www.eldiario.es/sociedad/Victoria-Camps-humildad-deberiamosrecordar_0_1009299538.html

- Durán, M^a Ángeles (2010). *Tiempo de vida y tiempo de trabajo*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Giddens, Anthony (2003). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestros días*. Madrid: Taurus.
- Jiménez Aboitiz, Ricardo (2012): *¿De la muerte (de)negada a la muerte reivindicada? Análisis de la muerte en la sociedad española actual*. Tesis doctoral. Universidad de Valladolid. Disponible en <http://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/979/TESIS172-120611.pdf?sequence=1&isAllowed=y>, consultada el 10 de abril de 2020.
- Solsona, Nùria (2019): “El conocimiento androcéntrico y la construcción de un nuevo conocimiento”. *Coeducar: poner la vida en el centro de la educación*. Dossier Graó, 4, 20-24.
- Touraine, Alain (2005). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós.

Nota biográfica

Marta García-Lastra es profesora titular de Sociología en la Facultad de Educación de la Universidad de Cantabria (España), centro del que actualmente es Decana.

Imparte docencia en diversas asignaturas relacionadas con la Sociología de la Educación y la Sociología del Género en títulos de Grado y Máster.

Ha participado en diversos proyectos de investigación competitivos (Plan Estatal I+D+i) y publicado diferentes libros y artículos en editoriales y revistas españolas y extranjeras.

Su investigación se centra en el análisis de las desigualdades de género existentes en las sociedades contemporáneas y en cómo la escuela, a través de prácticas coeducativas, puede contribuir a su desaparición.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4612-387X>.